

Reseña del libro: *Um povo sábio, um povo aconselhado. Ritual e política entre os Uitoto-Murui* (Associação Brasileira de Antropologia publicações, 2011), de Edmundo Pereira

Pedro Musalem Nazar

El carácter plurinacional de los Estados no es un tema nuevo, y de hecho en la vecina Bolivia se trata de un rasgo oficialmente reconocido y empleado como marca distintiva de civilidad y compromiso ético ante el resto del mundo. Por su parte, Colombia, cuyo régimen actual emerge con la constitución de 1991, reconoce también la plurinacionalidad del Estado y otorga, al menos en el papel, inéditos derechos políticos a las poblaciones indígenas y afrodescendientes del país. La situación de conflicto armado que afecta las áreas rurales del país, trae como resultado, en la práctica, la no realización de la mejor parte de estos derechos. El libro que aquí reseñamos tiene que ver con el estudio de un caso etnográfico en la amazonia colombiana, pero para aproximar mejor el tema al lector nacional no especialista, procuramos en esta reseña ofrecer algunos elementos de contexto trazando un paralelo con la situación de los derechos colectivos de las nacionalidades indígenas en nuestro país donde, como bien lo saben los mapuche –y las otras siete naciones reconocidas en nuestra constitución como etnias, pero no como pueblos– sus derechos políticos han sido ampliamente escamoteados, empleándose la valoración mediática de la diversidad cultural como slogan de campaña, pero impidiendo siempre la realización efectiva de la autonomía territorial y política que forman en el corazón de las demandas indígenas en Chile como en el resto del mundo.

El libro que aquí reseñamos, estudia las prácticas rituales de los Huitoto-Murui del río Carapará, en la amazonia colombiana, desde una perspectiva política, enfatizando los modos a través de los cuales las políticas indígenas del Estado colombiano son implementadas en el terreno, y ahí recibidas, criticadas y respondidas por los sujetos destinatarios en cuestión. Cumple así este trabajo, uno de los objetivos esenciales de la antropología: aproximarnos a una cierta comprensión de cómo racionalidades y tradiciones profundamente dispares establecen un diálogo, no carente de tensiones, en el que la parte estudiada –los indígenas en su aldea– son de hecho capaces de desplegar ante nosotros, a través de las buenas artes del etnógrafo, prácticas de vida en que la política, la tradición ritual y el consumo periódico de sustancias psicotrópicas tienden a formar un mundo coherente desde el cual los indígenas colombianos interactúan efectivamente con el Estado.

Los Huitoto-Murui fueron diezmados durante el auge del caucho, y el autor de este libro, un estudiante brasilero de antropología, llegó a la aldea de San Rafael en Colombia, donde viven algunos Huitoto-Murui, para trabajar con las memorias colectivas elaboradas alrededor del período inmediatamente posterior al fin del ciclo cauchero, cuando en la década de 1930 las poblaciones indígenas sobrevivientes, sorpresivamente liberadas por la ruina de sus patrones, –mientras en el mercado mundial la producción amazónica ya no pudo competir con la malaya, oferta alternativa reforzada por la creciente inclusión del caucho sintético–, comenzaron a reocupar sus antiguos lugares de habitación, de los que habían sido desplazados mediante prácticas esclavistas.

Con estas intenciones llegó en los inicios de la década pasada el autor de este libro, Edmundo Pereira, al mambeadero de Don Ángel Ortiz, cacique Huitoto-murui. Mambeadero es aquél lugar donde cada noche el cacique y algunos familiares y vecinos se encuentran para oír narrativas tradicionales y discutir asuntos de importancia para el conjunto del pueblo –todo acompañado del consumo continuo de dos sustancias elaboradas por ellos mismos a partir de plantas de coca y de tabaco exclusivamente cultivadas para ese fin: el ambil, una pasta ingerida por vía oral a base de tabaco, y el mambe, polvo de hoja de coca tostada, molida y vegetalmente alcalinizada– a fin de obtener

una liberación más efectiva de su principio activo: la cocaína. Legalmente, en Colombia, cada indígena puede poseer hasta 60 plantas de coca para consumo personal –hoy sabemos que en la amazonia las tecnologías de la coca tienen varios miles de años, habiéndose desarrollado en estrecha relación con las andinas. A instancias de esta coca en polvo, consumida continuamente durante toda la noche, las artes verbales en el mambadero suelen practicarse hasta entrada la madrugada. Y así, noche tras noche, toda la vida. Y a ese espacio se integra, cuaderno y grabadora en mano, durante los meses que dura su trabajo de campo, el autor de este libro.

Durante el día, Edmundo acompaña a Don Ángel en los trabajos del rozado, donde se dedica con fruición al cuidado de sus plantas de coca y de tabaco, y por las noches participa de los encuentros en el mambadero: tres bancas largas de madera en torno a un fuego, bajo un techo que es el piso de la casa de Don Ángel. Pero ahí, los indígenas no se interesan por las preguntas sobre memoria e historia que Edmundo traía ya preparadas: están preocupados ahora de la contingencia, específicamente de aquella ONG que, en conformidad con la política indígena del Estado, está recorriendo por esos días las aldeas Huitoto-Murui del río Carapará para realizar un diagnóstico de situación y elaborar un Plan de Vida, instrumento para el desarrollo local según los términos del Estado. A instancias de sus anfitriones, Edmundo se convierte en el secretario del mambadero, recogiendo por escrito, o grabando y luego transcribiendo los discursos de Don Ángel, quien va desplegando, noche tras noche, unos discursos donde la memoria histórica, la tradición narrativa mítica y la instrucción de preceptos éticos de conducta son indiscernibles del análisis político de coyuntura y la creación de una estrategia autónoma, de la que resulta la presentación de un Plan de Vida alternativo. Las narrativas Huitoto-Murui abarcan desde la creación del mundo hasta nuestros días, y Don Ángel las distribuye en dos cestos imaginarios: el Cesto de las Tinieblas –memorias del período en que todos los seres eran humanos recién surgidos del agujero komimafo–, y el Cesto de Sabiduría –narrativas entregadas por Buinama, un dios, a los escasos seres que mantuvieron su forma humana después de la metamorfosis universal que dio origen a todos los seres del bosque–. El mambadero es el lugar donde se aprende a manejar este conjunto de narrativas, además de toda la etiqueta y normas de conducta que acompañan al acto de narración, así como también la preparación y consumo de los psicoactivos ya mencionadas.

Los discursos en el mambadero ocurren en bue, lengua de los Huitoto, y son luego traducidos por Edmundo con ayuda de los otros seguidores, y posteriormente presentados por escrito a Don Ángel, quien se encarga de revisar acuciosamente la versión final. El destino de esas páginas es la circulación local en San Rafael y aldeas y ciudades vecinas entre un público lector que se espera sea tanto indígena como no indígena. En ellas, no solamente está contenida la tradición oral sino un examen de la situación política contemporánea y una serie de propuestas que, como ya dije, constituyen alternativas a los diagnósticos y planes de desarrollo plasmados por la ONG que Don Ángel y la gente de su mambadero critican, entre otras cosas, por su utilitarismo y su velocidad, por su accionar fragmentado y su carácter fugaz –las ONG son entidades, en general, social y culturalmente ajenas a la realidad a donde vienen a insertarse como interventores durante un tiempo limitado .

Para hacer un paralelo con Chile, digamos que en los últimos veinte años el estilo de hacer política indígena nunca ha sido muy distinto: fragmentada en micro-proyectos sin mayor trascendencia, y en compras paliativas de tierra, la política ha fallado en satisfacer la demanda por derechos políticos colectivos, históricamente legitimados. Piénsese en el Programa Orígenes, impulsado por el gobierno del ex presidente Lagos, a instancias de un préstamo de 6 millones de dólares contraído con el Banco Mundial, e implementado al mismo tiempo que se comenzaba a aplicar sistemáticamente una política en el terreno de criminalización –ley antiterrorista incluida– de la demanda política. El Programa Orígenes distribuyó esos fondos a través de un sin número de ONGs que, actuando desarticuladamente y por contratos limitados –es decir, con arreglo a los esquemas de la parte acreedora–, recibían de parte de los indígenas críticas muy parecidas a las que fueron formuladas en el mambadero de Don Ángel. Y las mesas de participación con que el gobierno de Piñera ha pretendido últimamente legitimarse ante los mapuche con tan escaso éxito no han dejado de recibir quejas análogas: mal pueden resolver el conflicto político un grupo de profesionales jóvenes venidos de la capital y guiados por un ideario técnico acorde a los patrones estándar del Estado neoliberal.

El libro de Edmundo Pereira, que reproduce en forma de anexo las transcripciones de las narrativas de Don Ángel, es una buena guía para quien desea adentrarse en el mundo de los Huitoto-Murui, e incluye un capítulo completo acerca de la historia de este pueblo. De la misma manera, dedica una buena cantidad de páginas a la descripción del cultivo y manipulación, así como de la simbología ritual del tabaco y de la coca, ilustrando perfectamente cómo el consumo cotidiano de importantes cantidades de psicotrópicos no es sólo compatible, sino que de hecho funciona como un estímulo altamente positivo durante la práctica colectiva de las artes verbales y políticas. Por otra parte, el libro ilustra lo que comentábamos al principio: cómo la política se va transformando en las diferentes esferas –la letra de la Constitución, los procedimientos sobre el terreno y entre los receptores finales–, y sobre todo cómo estos receptores finales no son agentes pasivos, sino grupos capaces de accionar saberes y tradiciones concretos alrededor de sus demandas políticas colectivas.

Por último hago notar que se trata de un antropólogo brasileño investigando en Colombia y siendo reseñado por un chileno: la conflictiva relación entre los indígenas y las políticas de cada Estado no son más un tema de exclusiva competencia de cada Estado, sino objeto de atención internacional, situación generalmente denunciada con escándalo por el Ministerio del Interior y las policías, que ven un asunto terrible en la internacionalización de este tipo de conflictos, cuando es evidente que sus causas, sus lógicas de acción, y posiblemente sus soluciones pasan por procesos estrictamente análogos, muchas veces los mismos, como vimos a través del estilo de acción de las ONGs.